

para ir á apartar de la idolatría y de algunas inmundicias continuas á los indios. Uno de esos sacerdotes fue el P. Fr. Antonio de Bego, religioso franciscano que quiso ir á predicar en las montañas de Guadalupe, en su intento de convertir y bautizar gentiles.

Inmensa fue la ayuda que le dio el Cabildo, y los señores de la Nueva España, para que en aquellos días en que él fue de gobernador de una parte sin cuartel, sembraba de cadáveres y de lágrimas el territorio, el P. Bego y sus colaboradores recorrieron los cerros, montes, cañones, ríos, etc.

CAPITULO XIX.

1541.

Reñe Oñate el Cabildo para tratar de la defensa de la ciudad. — Opiniones diversas acerca de este asunto. — El pueblo de Tlaxotlan. — Rogativas y procesiones públicas. — Llega á la ciudad una partida de indios conduciendo 30 prisioneros aliados de los caciques. — Manda Oñate ahorcar á dichos prisioneros y á los caciques de varios pueblos.

Aunque Oñate había tomado varias providencias para poner la ciudad á cubierto de un golpe de mano, quiso antes oír el parecer de los Regidores para no cargar sobre él sólo la responsabilidad que en un caso desgraciado pudiera sobrevenirle.

A este propósito reunió al Cabildo y á muchos vecinos en los últimos días de Agosto, para dirigirles la siguiente manifestación que no ha transmitido el tantas veces citado historiador P. Tello:

“Señores, para lo que he llamado á V. Ms., es para que tratemos de nuestra defensa y remedio; ya V. Ms. han visto los rebatos, batallas y victorias que han tenido los indios nuestros enemigos con nosotros, y que están muy altivos y soberbios por estar muy acostumbrados á conseguirlas; tengo para mí que vendrán á esta ciudad contra nosotros en todo el mes de septiembre, porque así me lo han dicho, ó para el principio de octubre, y que el no haber venido antes, ha sido por las aguas. Parece que estamos ya en el mes y que será bien que todos, se aperciban, porque esta villa no se destruya y perezcan mujeres y niños sin poderlo remediar, y todos nosotros, que aunque algunos escapemos, sería gran mal para toda la Nueva España. No sé qué otro reparo se haga, pues somos tan pocos para tanta multitud de gente enemiga, si no es fortalecernos muy bien hasta que

venga el Sr. Virey, de manera que nos sustentemos si nos cercaren, pues su venida sé cierto será breve, y cuando nos cerquen, no será el cerco tan largo que nos ha de faltar socorro, porque le tendremos con más brevedad de lo que pensamos; ayudémonos los que estamos y hagamos de nuestra parte lo que conviene, hasta que Dios provea de su misericordia; y irnos á Tonalán no lo tengo por acertado, porque tan grandes perros son los unos como los otros, y estando entre nuestros enemigos, no tenemos de quien fiarnos, sino de nuestro padre Dios, y pues en esta ciudad hay muy buenas casas, escójase la mejor ó la que fuere menester y hágase una casa fuerte con sus troneras, y con la artillería que hay, se defiendan las cuatro calles, que con que se pongan los cuatro tiros de artillería en las troneras, cada dos, se defenderá la casa fuerte hasta que el Virey venga.”

Suscitóse en seguida una animada discusión en que se hizo manifiesta la diversidad de opiniones de los jefes y vecinos acerca de la actitud que convenia asumir en aquellas críticas circunstancias. Unos creían que debía trasladarse la ciudad á Tonalán; otros decían que el paso más oportuno consistía en salir á buscar á los rebeldes y batirlos en sus mismos campamentos; pero esta proposición fué rechazada como absurda, puesto que solo se contaba con unos 75 ú 80 hombres de combate; otros, en fin, y estos formaban la mayoría, expusieron que debía fortificarse la ciudad lo mejor que se pudiera y que se resistiese allí mismo cualquier ataque de los enemigos, con el fin de dar tiempo á que el Virey enviara algún auxilio ó viniera él mismo á protegerlos. Habiendo prevalecido esta última opinión, procedió Oñate á derribar algunas casas de las más retiradas del centro y con los adobes y madera de las mismas improvisó algo como una muralla ó fortaleza comprendida entre las casas de Juan del camino, Juan de Castañeda y Diego Vázquez de Buendía, pues éstas formaban una cuadra de alguna extensión en uno de los extremos de la plaza. Se construyeron los fortines necesarios y en dos ángulos opuestos de la provisional ciudadela, levantáronse dos torres con sus respectivas troneras para que pudiese maniobrar libremente la artillería, formada de cuatro cañones de poco calibre, y defender así la entrada del enemigo por las dos calles que daban acceso al recinto fortificado.

Dispuesta de este modo la defensa, ordenó Oñate que todos los soldados se turnaran en el servicio de la vigilancia y que otros hicieran frecuentes salidas á los alrededores de la ciudad, para observar los movimientos del enemigo y evitar una sorpresa.

Todos los días salían los indios llamados naborios¹ á llevar leña para el servicio de la ciudad y forrages para los caballos. Una partida de dichos indios fué al pueblo de Tlacotlan, que solo distaba una legua de Guadalajara, pero lo encontraron ya despoblado, pues sus habitantes, que eran como en número de tres mil, se habían sublevado también y unídose á los de la común conspiración. Esto hizo sospechar más vivamente á Oñate que el ataque á la ciudad no debería tardar mucho, puesto que los indios de Tlacotlán que vivían tan cerca y que mantenían un importante y continuo tráfico con Guadalajara, habían osado empuñar el estandarte de la rebelión. Esta noticia desalentó mucho á Oñate y acabó de alarmar á los habitantes de la ciudad. Hicieron rogativas y procesiones públicas para implorar la protección del cielo; confesáronse y comulgaron casi todos los vecinos, dijeron misas el Br. Bartolomé de Estrada y el cura Alonso Martín y redoblóse la vigilancia, avisando al vecindario que al toque de *alarma* todos se refugiaran en el fuerte.

El día 4 de Septiembre se dejó ver un grupo de indios que se dirigía á la ciudad; Oñate mandó violentamente á Francisco Delgadillo que con una escolta fuese á reconocerlos. Volvió éste luego conduciendo treinta indígenas que llevaba presos un cacique de Ichcatlán, llamado Francisco (á) *Ganguillas*² para entregarlos al gobernador Oñate en castigo de que dichos indígenas habían ofrecido á los emisarios enviados por los de Juchipila y Nochistlán, ayudar á los *caxcanes* en el ataque proyectado contra Guadalajara.

Oñate obligó á los prisioneros á confesarle lo que sabían acerca de la conjuración en que estaban comprometidos, logrando que le revelaran el día que estaba concertado para el referido asalto y la complicidad que en este asunto tenían los caciques de Atemaxac, Copala, Ichcatlán y Metatlán.

¹ Indios libres dedicados al servicio doméstico. (N. A.)

² El P. Frejes dice que era el cacique de Atemaxac.

Obtenida esta confesión, Oñate, atropellando los sagrados fueros de la humanidad, pasando por encima de toda regla de justicia y queriendo sin duda poner un ejemplar castigo para atemorizar á los indios y detener los progresos de la amenazadora insurrección, mandó ahorcar los 30 prisioneros referidos. Uno de los historiadores que me sirve de guía en esta relación, asegura que *no solo fueron ahorcados de orden de Oñate*, sino que también mandó que sus cuerpos fueran destazados como se hace con los animales que se destinan al abasto.

Tan horrible ejecución tuvo lugar el día 6 de Septiembre de 1541, y no paró en esto la sanguinaria zaña del jefe español, pues valiéndose del pretexto de que los sublevados intentaban incendiar la ciudad y acabar con los españoles de Nueva Galicia, mandó aprehender á los caciques de Atemaxac y otros pueblos y llevados á Guadalajara los hizo castigar con la pena de muerte, lo que seguramente sucedió poco antes del combate que tuvo lugar en la ciudad el día 28 de Septiembre, dada la distancia de dicha ciudad á los puntos á donde se mandó capturar á los mencionados caciques.

Estas iniquidades, estas matanzas, por más que se las quisiera cubrir con el disfráz de la necesidad ó la justicia, por más que se las haya pretendido justificar con las exigencias reclamadas por circunstancias excepcionales, no prueban otra cosa que un espeluznante lujo de crueldad de parte de los conquistadores y un abuso injustificable del derecho del fuerte contra el débil, porque ni siquiera pudo alegarse como razón plausible la necesidad de las represalias, puesto que si los indios habían matado algunos encomendados, fué porque éstos hicieron insoportable la esclavitud que ejercían con los infelices indígenas, á quienes trataban poco ménos que á bestias ó á gentes destituidas de razón y de derechos.

Los indios mataban españoles en la guerra, porque se les llevaba la guerra y el incendio á sus tierras y á sus hogares. Cometían repugnantes crueldades, es cierto, pero eran salvajes y como tales, estaban menos obligados á emplear los preceptos del derecho de gentes y los sentimientos de humanidad en una conquista que tenía por objeto arrebatárles sus propiedades, sus derechos y la independenciam.

Téngase presente que á la entrada de los españoles en

estas tierras, muy pocos combates tuvieron que sostener con los naturales, porque éstos, quizá por un lamentable error, no solo los recibían de paz y los agasajaban, sino que aún se constituían en sus aliados y fieles amigos; pero es preciso repetirlo, el injusto y duro tratamiento que recibieron de los dominadores, les enseñó á conocer que solo podían esperar de ellos, amargas y dolorosas decepciones.

¿Qué hicieron los españoles cuando fueron dominados por los moros? ¿No tuvieron también que abandonar sus hogares para trepar á las montañas de Asturias y defender allí, á la cabeza del intrépido y patriota Pelayo, el suelo invadido por las aventureras huestes de Tarik, el lugarteniente de Músa?

¿Por qué, pues, se hostilizaba tan tenazmente y se perseguía de una manera inicua y sanguinaria á los indígenas de nuestro país, solo porque rechazaban el férreo yugo de la conquista, oponiendo desnudos pechos y débiles armas, á las brillantes espadas y á las invulnerables armaduras de los guerreros de allende el Atlántico?

Digan lo que quieran los apasionados historiadores que se atreven á justificar, [haciendo un verdadero ultraje á la verdad,] las iniquidades de los conquistadores, deprimiendo á nuestros antepasados, á quienes pintan como á un pueblo verdaderamente salvaje y despojado de toda suerte de virtudes civiles y morales, puesto que se les ha semejado á los "miasmas de un lago, á las moscas de un pudridero, á los microbios que epidemian y apestan una comarca."¹

1. Castelar en un artículo recientemente publicado con el nombre de: "La Noche Triste."

CAPITULO XX.

(1541.)

Ordena Oñate que Pedro de Placencia salga á explorar los suburbios de la ciudad.—Una gran multitud de indios se avista en son de guerra.—Alarma de los vecinos.—Beatriz Hernandez de Olea.—Se manda tocar á rebato.—Primeras disposiciones para resistir el ataque.—Más de 60,000 combatientes asaltan la ciudad.—Episodios ocurridos durante el primer asalto.—Destruyen los indios la iglesia y las imágenes.—Doña Beatriz Hernández de Olea mata un indio caxcan.—Se incendia la pólvora del fuerte y el fuego amenaza todo el edificio.—Temerario arrojamiento de los asaltantes.—Conflicto de los españoles.—Se suspende por algunos instantes el combate.—Amenazas de los indígenas sublevados.

Desde las sangrientas ejecuciones á que se ha hecho referencia en el capítulo anterior, la actitud de los rebeldes era cada día más amenazante, pues esas crueldades inauditas habían enardecido el ánimo, no solo de los *caxcanes*, sino de todas las tribus ó pueblos limítrofes, que aunque desunidos por rencillas ó diferencias domésticas, se habían coaligado con aquellos para vengar la muerte de sus caciques, camaradas y hermanos, á la vez que para hacer un poderoso esfuerzo en pro de la común independencia.

La masa de la insurrección estaba compuesta de multitud de partículas heterogéneas, pero fermentaba con rapidéz y había adquirido ya suficiente fuerza de cohesión, para que los españoles no pudieran destruirla ó neutralizar sus efectos con la misma facilidad con que habían invadido y sojuzgado casi todo el territorio de la N. Galicia.

El fuego de la rebelión que comenzó á encenderse en Tlaxicoringa, había convertido en un formidable vol-

cán próximo á estallar y á desbordarse sobre los mismos que con una conducta azás imprudente é inhumana, habían aprestado suficiente combustible para un desastroso y general incendio.

El día 23 de Septiembre dió Oñate órden á Pedro de Placencia para que con algunos españoles é indios de servicio saliera á las inmediaciones á llevar leña y pastura para el consumo de la ciudad. Mientras los indios se ocupaban en esta faena, Placencia subió con los españoles á una pequeña colina con el objeto de estar en observación para no ser sorprendidos por el enemigo. A poco tiempo de estar allí vieron venir una gran multitud de indios que por el rumbo de Juchipila se dirigían á la ciudad, y que aunque sin hacer estrépito, iban formando una extensa línea como para circunvalarla.

Placencia, temiendo que le cortaran la entrada y deseando llevar la noticia á Oñate, partió á escape, pues el enemigo se encontraba ya como á una media legua de distancia. Placencia entró á Guadalajara dando la voz de alarma; pero se encontró con que los vecinos estaban oyendo misa, por cuya razón y siendo el caso sumamente urgido, le fué preciso dirigirse á caballo á la iglesia, llamando á fuertes voces al gobernador Oñate que también se encontraba allí. La alarma y la confusión producidas por la terrible noticia, interrumpieron la ceremonia que dentro del templo se verificaba: el sacerdote consumió violentamente las *especies sagradas*, el pánico se apoderó de todos los circunstantes; los niños y las mujeres prorrumpieron en estrepitoso llanto, algunas señoras se desmayaron, y en medio de aquella afflictiva escena y sin cuidarse del augusto recinto en que se hacían preces por la paz y la seguridad de Guadalajara, alzó la voz una intrépida y varonil mujer llamada Beatriz Hernandez de Olea, animando á las otras mujeres y reprochándoles su pusilanimidad.

Salidos todos de la iglesia, mandó el gobernador que se tocara á *rebato* á fin de que todo el vecindario se reuniera en el recinto fortificado, teniendo especial cuidado de que nadie quedara fuera, en cuya tarea la referida Beatriz Hernández le ayudó con ánimo decidido y actividad extraordinaria.

Hecho esto y listo todo para la defensa, se vió que dentro del fuerte había 100 hombres de á pié y de caballería.

Colocáronse diez soldados en cada una de las dos puertas, con órden terminante de no dejar salir á nadie y se previno al capitán Moncibais estuviera listo con 30 ginetes para lo que pudiera ofrecerse.

A las once de la mañana se avistaron por diversos puntos de la ciudad como 60,000 indios *caxcanes* y de otras naciones¹ al mando del jefe D. Diego el *Zacateco*, cuyo segundo era D. Francisco Aguilar, el cacique de Nochistlán.²

El aspecto que presentaba aquella belicosa multitud era imponente; todos los guerreros iban bien armados, las caras teñidas á su usanza y ostentando gallardos penachos de plumas de brillantes colores. Los batallones de cada tribu se distinguían por estandartes de determinado color; á la vanguardia figuraban los flecheros y á retaguardia los armados con porras y macanas. En toda la línea se escuchaba el estrepitoso ruido de los instrumentos de guerra y de simultáneos gritos, cantos y exclamaciones con que recíprocamente procuraban animarse aquellos intrépidos y patriotas combatientes que á orgullo, tenían, ostentar sobre la punta de sus armas, los despojos adquiridos en las anteriores victorias ganadas á los españoles, como cascos, adargas, rodelas, bandadas, *cueras*, fragmentos de monturas y otros objetos, así como capullos y hábitos de los frailes que ántes habían matado.³

Desprendióse de aquella enfurecida muchedumbre una columna como de 200 fornidos guerreros⁴ que comenzaron á recorrer las partes indefensas de la ciudad, con objeto de practicar un reconocimiento antes de dar el asalto. Volviéronse después á incorporar con el grueso del ejército y en seguida avanzó éste dividido en varias columnas de á siete hombres en fondo invadiendo la población, lanzando gritos espantosos, profiriendo terribles amenazas y entonando algunos cantos en que imploraban la protección de sus deidades. Incendiaron las casas deshabitadas, penetraron á la Iglesia y después de derribar las imágenes y profanarlas, le pusieron también fuego.

Momentos fueron estos de verdadera angustia y terror

1 Mota Padilla XXXII, p. 117.

2 Bustamante, Suplemento á las Conquistas de Cortés.

3 Mota Padilla, c. XXVI, p. 131.

4 Mota Padilla dice que 500.

dentro del fuerte, ni las vociferaciones de los indios, amagando á los españoles y dirigiéndoles palabras ofensivas é injuriosas, y prometiéndoles que al acabar el descanso y la comida arremeterían hasta acabar con ellos y con sus hijos, para que éstos no los oprimieran después, y que solo se reservarían á las mujeres de los españoles para tenerlas como esposas y concubinas, amenazas que necesariamente afligían y alarmaban en extremo á las referidas mujeres.



CAPITULO XXI.

(1541.)

Ordena Oñate atacar á los indios fuera de la fortaleza.—Carga de caballería sobre dichos indios.—El Bachiller Estrada predica y anima á los soldados españoles.—Muerte de Francisco Orozco.—El gobernador Oñate emprende un vigoroso ataque.—Horrible matanza en los indios.—Desaliento y retirada de éstos.—Ultimo esfuerzo de una partida de caxcanes.—Sucesos subsecuentes á esta batalla.—Crueldad de los vencedores con los prisioneros.—El Apóstol Santiago pelea en favor de los españoles.

Viendo Oñate que los enemigos estaban entregados al descanso, quizo aprovechar esta tregua para atacarlos fuera de trincheras; y temiendo que si dejaba pasar más tiempo, podían cobrar nuevo brio con el reposo, procedió luego á organizar tres grupos de caballería de á diez hombres cada uno. Esta determinación pareció á varios oficiales y soldados, muy inoportuna y contraproducente resistiéndose á ejecutarla, pero Oñate les echó en cara su falta de valor y les dijo que abandonarían el fuerte á merced del enemigo, si no se resolvían á obedecerle y á secundarle en su pensamiento. Avergonzados con esta manifestación ó con este reproche, echaron mano á las armas y ofrecieron á Oñate obedecer sus órdenes.

Mandó, pues, al capitán Moncibais que poniéndose á la cabeza de dichos grupos cargara sobre el enemigo, saliendo violentamente por una puerta y entrando por la otra; pero procurando al mismo tiempo en esta escaramuza, ganar algún terreno.

El P. Tello refiere que antes de que se practicara esta maniobra, el Br. Estrada predicó á los soldados, animándolos con una segura victoria, por haber sido aquel día la víspera de San Miguel, cuyo santo patrocinaría la causa de los españoles. Ni Mota Padilla, ni Bustamante, ni Frejes hacen refe-